



Las políticas de la cita

The quote politics

Arturo Borra¹

Resumen

La emergencia de la cita como objeto de estudio central en el campo de la semiótica es tardía. Contra un enfoque que interpreta la cita como “minucia textual”, el presente trabajo *interroga las políticas citacionales* como modo de indagar sobre vínculos textuales más amplios. En tanto operación retórica, que suele ser *borrada*, la cita está regulada por una economía política: no se cita a cualquiera y tampoco de cualquier modo. Preguntarnos acerca de esos modos habitualmente desapercibidos es una forma de ampliar las herramientas que disponemos para un análisis crítico del discurso.

Palabras-clave – cita, políticas de la cita, texto, intertextualidad, comunicación.

Abstract

The emergence of the quote as an object of study in the field of the Semiotics is late. Against an approach that interprets the quote as "textual minutiae", this job examines the quote politics as a way to inquire about wider textual links. As a rhetorical operation, often deleted, the quote is regulated by an economic policy: we do not cite anyone nor in any way. Asking about these ways, often unnoticed, is a way to expand the tools we have for a critical discourse analysis.

Keywords: quote, quotation policies, text, intertextuality, communication.

¹ Arturo Borra, crítico cultural y poeta. Sus temas de investigación vinculan la comunicación a la literatura y la crítica socio-cultural.





La interrogación de las «minucias»

Las citas han sido objeto de estudio por parte de algunas líneas teóricas de la semiótica, aunque con frecuencia esta atención ha aparecido como una anotación de segundo orden. Si tomamos como ejemplo el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* (publicado originalmente en 1972), de O. Ducrot y T. Todorov, podremos comprobar que la cita no es considerada *de facto* un «objeto» fundamental: la única alusión que se hace al respecto en todo el libro remite a los tipos de estilo estudiados por el lingüista ruso V. Voloshinov (Ducrot y Todorov, 1979: 368)². Si bien estos mismos autores han redimensionado la importancia relativa de las citas con posterioridad, cabe como sospecha señalar que la *separación analítica* saussureana (Saussure, 1985) entre «lengua» (identificada con lo social) y «habla» (recluida a lo individual) dificultó el estudio de las citas en la ciencia lingüística dominante al menos hasta la primera mitad de la década de los setenta. La cuestión, para ser comprendida en sus implicaciones centrales, reclama un cierto detenimiento.

La crítica de Voloshinov al respecto resulta pertinente. Es erróneo disociar la «ideología» de la «realidad material del signo», así como separar el «signo» de las formas comunicacionales concretas, y las formas de sus «bases materiales»³. De lo contrario, se pierde de vista la *multiacentualidad del signo*, en tanto inscripto en la lucha de clases. Si el «idealismo» desconoce la condición material y social de la producción ideológica – refiriéndola a una subjetividad o un alma individual trascendental con respecto a ciertas condiciones históricas, el antipsicologismo cae en un error inverso. Signo ideológico y

² El espacio que el *Diccionario...* reserva a la categoría de «intertextualidad» es similarmente restringido.

³ Aunque las referencias topológicas a la «base material», en contraposición a una «superestructura cultural» sean, a mi entender, insostenibles en el presente, recuerda que una teoría del signo debe inscribirse en alguna variante del materialismo para no perder de vista el lenguaje como práctica social real. Para una crítica al respecto, Williams, 2000, “Base y superestructura”.





psiquis se sostienen mutuamente; de ahí que el énfasis unilateral en uno u otro conduce al «objetivismo abstracto» o al «subjetivismo individualista», respectivamente. Mientras que la primera perspectiva hace de la lengua una “norma inquebrantable”, esto es, el fundamento de toda habla, la segunda perspectiva considera el acto individual y creativo como fundamento del lenguaje. “La psique individual es el origen del lenguaje. Las leyes de la creación lingüística –y la lengua es la creación y la generación continua- son leyes psicológicas individuales (...)” (Voloshinov, 1993: 76).

Puesto que Saussure se inscribe en el interior del objetivismo, centra la lengua como un sistema estable e invariante –al menos en términos sincrónicos- de formas normativamente idénticas. Una de las consecuencias más importantes de esta operación es la exclusión del «enunciado» como unidad contextual de la comunicación: a lo sumo, analiza el enunciado aislado y monológico. Hablante y receptor entablan una interacción discursiva en contextos específicos; la separación de la palabra de esos contextos, por su parte, la *reifica*:

En la vida real, nosotros jamás pronunciamos ni oímos palabras, sino que oímos la verdad o la mentira, lo bueno o lo malo, lo importante o lo nimio, lo agradable o lo desagradable, etc. *La palabra siempre aparece llena de un contenido y de una significación ideológica o pragmática* (Voloshinov, 1993: 101).

El objetivismo desconoce precisamente esta situación; produce una ruptura entre la lengua y su capacidad ideológica. Subyace a esta orientación “filológica” el interés por lenguas muertas y ajenas; el filologismo europeo tiene como consecuencia el tratar como cadáveres las lenguas escritas, partiendo de un “(...) enunciado monológico acabado -de un monumento antiguo- como realidad última” (Voloshinov, 1993: 104). Pero con ello se pierde de vista la cadena de actuaciones discursivas. Más radicalmente, se desconoce el carácter dialógico de toda actuación de este tipo, haciendo prevalecer el momento estable e idéntico sobre su variabilidad, lo abstracto sobre lo concreto, lo sistemático





sobre lo histórico, la estática de la lengua sobre la dinámica del discurso, la monosemia y monoacentualidad por sobre la polisemia y multiacentualidad, la inmutabilidad por sobre la mutabilidad y la incapacidad de comprender la lengua en su dimensión generativa. A pesar del interés filológico por descifrar la palabra ajena, y sobre esa base detentar un poder específico, Voloshinov no duda en señalar que no hay filosofía del lenguaje que haya estudiado el decisivo papel histórico de esta palabra.

Estamos en condiciones de explicar, en esta fase, por qué para el «objetivismo abstracto» de Saussure un análisis citacional no tiene lugar en la Lingüística. Al subordinar los hechos sintagmáticos del lenguaje a los hechos paradigmáticos, esto es, al remitir el habla a la lengua como su fundamento o principio suficiente y necesario, Saussure canceló la posibilidad de pensar las relaciones pragmáticas entre «hablas» mutuamente contaminadas o, para ser más precisos, constitutivamente interrelacionadas. Si bien Saussure admitió que lo social y lo individual no podían ser concebidos el uno sin el otro, al centrarse exclusivamente en la «lengua» como objeto esencial de la lingüística⁴, relegó el estudio de los actos en los que esa lengua es usada y actualizada, esto es, el “habla”, calificada como algo “accesorio” y más o menos “accidental” (Saussure, 1985: 66). Como consecuencia, la cita –un componente propio de los actos de habla- no forma parte de las unidades de análisis de Saussure y no puede formar parte, estructuralmente, porque no constituye, desde esa perspectiva, una problemática lingüística pertinente. No obstante el inaugural sentido de la semiología como “(...) una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social (...)” [Saussure, 1985: 68], lo cierto es que el autor, al reducir el signo a una unidad psíquica, sustrae dicho signo, precisamente, de su *dinámica* social. «Significante» (o «imagen acústica») y «significado» (o «concepto»), están despojados de su materialidad; ello da lugar, como hemos apuntalado, a una «lingüística de la lengua»

⁴ Su punto de partida es claro: “(...) es preciso situarse de inmediato en el terreno de la lengua y tomarla por norma de todas las demás manifestaciones del lenguaje” (Saussure, 1985: 62).





que se desentiende del estudio contextual y pragmático de los discursos que son condición de producción de las significaciones sociales (Verón, 1988).

En este sentido, cabe como sospecha sostener que sólo en el marco del debilitamiento del estructuralismo de inspiración saussuriana o, al menos, sólo en el diálogo con perspectivas externas a este objetivismo, la «cita» puede emerger como problemática semiótica, sin por ello incurrir en una suerte de subjetivismo idealista que hace del individuo el propietario de la palabra o reduce el signo a un efecto expresivo de un sujeto preconstituido. Con ello no pretendemos sostener que no existan *históricamente* estudios al respecto, sino que en términos *lógicos* el estudio de la cita presupone como condición de posibilidad el desbordamiento de la lengua como sistema formal abstracto e invariante.

Para tomar un caso célebre cabe mencionar el trabajo de Roland Barthes que, no obstante su inscripción en el estructuralismo lingüístico, indudablemente en su dimensión crítica avanzó más allá de lo que autorizaba la teoría saussureana de la lengua. Si bien un estudio más sistemático también podría conducirnos hacia precursores teóricos tan diversos como Mijail Bajtin, Charles Peirce o Emile Benveniste, la referencia a Barthes, en este contexto, nos permite cuestionar el estatuto superfluo de la cita, para reinterrogarla como indicio de una productividad intertextual, concebida por Ducrot y Todorov como “red de conexiones múltiples y jerarquías variables” (Ducrot y Todorov, 1979: 400). En todo caso, el privilegio del texto verbal (que erróneamente la crítica inmanentista ha contribuido a reificar considerándolo un «artefacto autosuficiente») tuvo (y sigue teniendo) como contracara la marginación de otros gestos significantes. Si la categoría de «intertextualidad» recupera la mutua remisión de los textos en tanto condiciones productivas⁵, las citas han sido estudiadas menos en situaciones relativas a una

⁵ “Epistemológicamente, el concepto de intertexto es lo que aporta a la teoría del texto el volumen de la socialidad: todo el lenguaje, anterior y contemporáneo, llega al texto, no por la vía de una filiación





pragmática de la comunicación que a una tipología que distingue, *grosso modo*, entre «citas expresas» (sea mediante la apelación al *discurso directo*, al *discurso indirecto* a incluso al *estilo indirecto libre*) y «citas no expresas» (donde las citas se realizan de forma implícita, a menudo para refutar o ironizar lo citado). En ambos casos, la cita remite a una recuperación discursiva de otros enunciadores con los que el locutor mantiene relaciones de variable identificación y distancia⁶.

La indagación acerca de los *usos* citacionales efectivos, especialmente en lo referente a la distribución textual de tipos de citas heterogéneas, es una materia en cierta medida pendiente, aun con el reconocimiento explícito de la condición central de las citas como parte del intercambio de sentido que configura cualquier texto. Puesto que todo texto es préstamo de otros textos, elaborar algunas distinciones para interrogar las formas en que se efectúa dicho préstamo resulta central. No obstante, el sentido mismo de las “deudas” intelectuales varía. Las citas pueden ser usadas con diferentes finalidades estratégicas: pretender mantenerse en el plano de una absoluta «objetividad», utilizar la palabra del otro como autoridad, como recurso para calificar al enunciador citado (y, por transferencia, al sujeto citante), como ocasión para parodiarlo, etc. (Lozano, Peña Marín y Abril, 2004: 149 y ss.). A través de la cita el enunciador plantea, de forma manifiesta o tácita, un vínculo específico con lo citado, sea para manifestar su solidaridad o adhesión intelectual o su extrañamiento con respecto a lo que el otro dice.

identificable, de una imitación voluntaria, sino por la vía de una diseminación, una imagen que asegura al texto el estatuto, no de una *reproducción*, sino de una *productividad*” (Barthes, 2002: 146).

⁶ Me remito al detallado estudio realizado por Lozano, Peña Marín y Abril (2004: 147 y ss.). Partiendo de una concepción del texto como «polifonía» o pluralidad de voces, los autores señalan la contaminación inevitable entre el sujeto citante y el discurso citado, aunque dicha contaminación sea restringida cuando se apela a ciertos mecanismos de «distancia enunciativa».





La centralidad de la cita refiere en primer orden a su condición constitutiva: “(...) todo texto es un tejido de citas pasadas” (Barthes, 2002: 146), reenviando de forma directa e indirecta a otros textos (con los cuales el texto citante mantiene relaciones diferenciales). La pregunta de Todorov mantiene su carga: “(...) ¿qué es la cita sino un enunciado con doble sujeto de enunciación, una situación en la que dos voces son transmitidas a través de la palabra única?” (Todorov, 2005: 50). La importancia de la cita, sin embargo, sólo de forma excepcional ha derivado en un estudio específico sobre los modos y fines presentes en el acto de citar, estudio del cual sólo puedo trazar sus preliminares. A pesar de la importancia práctica que tienen las operaciones de citación en diversos campos intelectuales -sea en la filosofía contemporánea, en las ciencias sociales, el campo literario o en instituciones académicas y educativas-, dichas operaciones no parecen estar elucidadas de forma suficiente. Así pues, ante la proliferación de regulaciones con respecto a las modalidades de citación (incluyendo textos electrónicos y sistemas alternativos de referencia autoral), resulta relevante, cuando no imprescindible, procurar esclarecer esos modos, pero más globalmente, reconstruir unas específicas «políticas de la cita» en diferentes textos (aunque sólo parcialmente podré responder a estas exigencias, contentándome con enunciar algunos derroteros posibles).

En cualquier caso, hay *códigos* –más o menos variables según el ámbito institucional en que nos situemos- para citar textos de todo tipo y es de suponer que tal codificación responde a una práctica plural e irregular de las citas textuales en diversas instituciones. Podemos suponer que dichas regulaciones crecientes obedecen al menos a tres fenómenos concomitantes a la disseminación de textos académicos y literarios (presentaciones y ponencias, publicaciones electrónicas, libros, revistas, etc.): 1) la proliferación de «citas omisas» –de citas que no se citan, que se auto-ocultan-, que cabe distinguir del plagio por una fuerte reformulación de los términos y de las condiciones formales del enunciado, aunque el contenido proposicional sea similar al citado, 2) la





proliferación de plagios –dado un régimen de propiedad intelectual instituido- más o menos encubiertos, facilitado por la existencia vasta de textos sin función autoral alguna, que circulan anónimamente, en especial, a partir de la popularización de los medios electrónicos de comunicación, y 3) la estandarización internacional de estilos y formatos de presentación de trabajos académicos y, en menor medida, literarios, que conducen a una uniformización de los modos de citación legítimos. En este sentido, la especialización de la cita es una institución tardía. Aunque de forma desigual, esa especialización afecta tanto al campo científico como al filosófico o literario. Si hasta hace poco menos de dos siglos la cita memorística se consideraba legítima (advirtiéndonos incluso sobre las posibilidades de una involuntaria traición a lo citado, como es el caso de Marcel Proust en su *Crítica literaria*⁷ [1988]), hoy día esa operación está ligada a una cierta falta de rigor, como no sea en contextos de evidente imposibilidad de acceso a los materiales bibliográficos (y los *Cuadernos* de Gramsci constituyen un ejemplo *sui generis*).

Aquí sin embargo podemos advertir un desnivel: si la respuesta semiótica clásica a la cuestión de las citas ha sido la de darle un lugar lateral, la respuesta institucional a la cuestión ha sido la de una progresiva regulación de las citas, ejerciendo una creciente función de custodia con respecto a la “fuentes” citadas. A pesar de ello, si bien hay distinciones operativas entre tipos de citas, la relevancia textual de las diferentes citas efectuadas con sentidos muy diversos, queda disminuida, cuando no directamente oculta, como no sea efectuando un estudio pragmático referente a las prácticas comunicacionales en diferentes campos (específicamente, de índole intelectual).

En síntesis, las políticas de la cita -entendidas como un haz de estrategias de reconocimiento y desconocimiento de otros interlocutores por parte de textos específicos,

⁷ Así por ejemplo, en la pág. 17, Proust no sólo hace manifiesta su “cita de memoria”, sino que además duda entre dos adjetivos. Dicha duda se manifiesta con la siguiente estructura: “...quizás sea... en lugar de...”.





inscriptos en condiciones históricas y sociales determinadas- forman parte constitutiva de la producción textual. De ahí su irreductibilidad a todo enfoque que interpreta la cita como “minucia textual”. El estatuto de la cita, dentro de esta perspectiva, no es del orden del detalle, sino que es condición de existencia de toda textualidad.

Como hipótesis de partida, intentaré mostrar que *las citas deben ser reinterpretadas como una dimensión estructurante del texto, en tanto componente de una lógica práctica de la enunciación en la que se producen vínculos específicos entre el enunciador y sus condiciones sociales de producción y recepción (vínculos a menudo conceptualizados como «ideología» y «poder»)*. Interrogar las citas es también indagar sobre los vínculos textuales que construimos con respecto a otros discursos y sujetos. En este sentido, la noción de «interpelación»⁸ ideológica sigue teniendo valor para pensar la constitución de los “individuos” en “sujetos” a partir de mecanismos doblemente especulares (la del sujeto que se reconoce en el Sujeto y la de los sujetos que se reconocen entre sí): a través de la producción de determinadas citas, *interpelamos* a los otros para constituirlos en “autores” o “comentaristas” en relaciones de afinidad o distancia. A través de la operación citacional, diversos sujetos (académicos, literarios, filosóficos, científicos) se reconocen/ desconocen entre sí y, a través de ese mutuo reconocimiento/ desconocimiento, reproducen y transforman el campo intelectual más o menos especializado en el que participan, produciendo efectos de *delimitación* profesional⁹. No en vano la omisión de las referencias citacionales del texto suelen

⁸ Tomo esta categoría de Althusser (2001). Para una crítica al reproductivismo althusseriano, véase De Ipola (1985) y Therborn (1987).

⁹ No tenemos por qué aceptar, como sí haría Althusser, que los sujetos así sujetos a un «Aparato Ideológico de Estado» se limitan a la reproducción de las condiciones de producción. La presuposición de un gran Otro pleno (no barrado), esto es, el “Sujeto único, absoluto y central”, me parece insostenible, incluso desde una perspectiva psicoanalítica: “El sacrificio es un «don de reconciliación» destinado al Otro y que aplaca su deseo. El sacrificio oculta el abismo del deseo del Otro: concretamente, oculta la falta del Otro, su inconsistencia. El sacrificio constituye una garantía de que «el Otro existe»” (Zizêk, s/f: 51). Trazando una





considerarse una *falta ética*: vulnera un mínimo criterio de honestidad intelectual. En términos más rotundos: *desconoce* a otros intelectuales como sujetos de la cita.

De lo antedicho, se desprende la premisa básica de este trabajo: *no hay texto (literario, científico, filosófico, religioso, mítico) que no sea un tejido de citas que remiten a formaciones discursivas circundantes, sean contemporáneas o precedentes, como forma de interpelación a individuos y grupos específicos. Simultáneamente, estas remisiones no niegan la dimensión creativa de los nuevos textos, sino que muestran su condición de posibilidad. Sólo hay singularización enunciativa porque hay un proceso de recuperación selectiva de lo ya-dicho.*

Que en ese tejido citacional no todo tenga la misma relevancia e interés, que algunas hebras incluso sean borradas por un trabajo retórico –relativamente deliberado- o una elaboración argumentativa, no niega que, en condiciones específicas de análisis, dicho tejido pueda reconstruirse de forma más o menos sistemática¹⁰. En todo caso, si un texto es irreductible al tejido de citas efectuadas (al menos, un cierto tipo de textos con una «función autoral», en el sentido foucaultiano [Foucault, 1985]), es igualmente válido sostener que *sólo porque existe ese tejido puede haber una diferencia específica que puede llegar a ser el texto*. La originalización textual, como intentaré mostrar, no es prescindencia de las herencias intelectuales que nos preceden, sino por el contrario, su ingreso regulado retóricamente, ingreso sobre el cual el enunciadore puede especificar, a partir de una relación crítica, nuevas relaciones significativas en un campo semántico. Esas nuevas relaciones determinarán, por decirlo de algún modo, un “coeficiente” de originalidad –por lo general, inmensurable y discutido-.

analogía, en el contexto que aquí nos ocupa, el sacrificado por excelencia es el sujeto neófito, o más concretamente el “principiante”, en nombre de un Sujeto Institucional que no existe.

¹⁰ Por poner un ejemplo en el campo de la micro-historiografía, Ginzburg (2001), ha reconstruido de forma relativamente exhaustiva las lecturas que Menocchio (un molinero de Friuli, Italia, del siglo XVI) que son la base citacional de sus argumentaciones ante los inquisidores.





Los usos de la cita

¿Cómo se cita y con qué finalidad? ¿A quién se referencia a través de las citas expresas o indirectas a otros enunciadores? ¿Qué valor semántico adquiere la *cursiva* incorporada por el sujeto que cita, o los comentarios incorporados entre corchetes? ¿Qué paráfrasis se usan, qué epígrafes se aluden, qué se cita para refutar, cómo irrumpen las citas a palabras anónimas, a enunciados desfocalizados propios del sentido común – cotidiano, científico, filosófico, literario-? Incluso desde una perspectiva de género: ¿qué lugar citacional, más o menos jerárquico, se les confiere a los sujetos de género?¹¹ A menudo estas preguntas suelen no formularse por “triviales”. Pero no es obvio que deba dejarse de interrogar lo obvio. Y aunque no es éste el espacio para desplegar respuestas pormenorizadas, avanzar en este campo de elaboración implicará abordar estas cuestiones, a través de *corpus* determinados.

Lo que en cambio quisiera retener de lo precedente es el señalamiento de la «intertextualidad» como espacio de (re)constitución de ciertos vínculos sociales. Dicho en otros términos, todo juego intertextual presupone y actualiza vínculos con los demás. Entre las diversas posibilidades de indagación que esta categoría abre, entiendo que las citas contribuyen de forma fundamental a pensar esta relación entre los diferentes textos

¹¹ Al respecto, hago extensivo lo señalado por De Lauretis, Teresa (2000: 58), cuando señala críticamente “(...) que los hombres son «lectores reacios» de narrativa femenina. Más exactamente «no es que los hombres no puedan leer los textos de mujeres, es que no lo *hacen*» [citando a Elizabeth Flynn]”. En nuestros términos, diremos que los hombres son reacios a citar teoría producida por mujeres y, a menudo, *no lo hacen*. Una explicación a semejante reticencia debe necesariamente desbordar la cuestión de la voluntad; a menudo, esa asimetría de género en las citas tiene una génesis en la radical desigualdad de poder en términos de acceso a instancias prestigiadas de producción simbólica y publicación de relevancia que, por “efecto mágico” invisibilizan, cuando no obstruyen, una parte del trabajo intelectual realizado por mujeres y, en una medida que no conocemos, por sujetos con orientaciones sexuales no heterosexuales.





(y no sólo en el campo de la escritura en su sentido acotado)¹². Prescindir del análisis de ciertos vínculos sociales que en la escritura se (re)producen, por tanto, sería desconocer parte constituyente del juego en el que participamos: es esquivar el estudio de las complicidades intelectuales que nos comprometen, de las interlocuciones que nos habilitan, evitando la objetivación de los sujetos que tienen el monopolio de la objetivación, por decirlo con Bourdieu en su referencia al campo intelectual. No se trata sólo de preguntarse por una relación intersubjetiva entre «enunciador» y «enunciatario», sino por el entrecruzamiento de sujetos replicantes, por la disputa de sentido entre enunciadores. Ese juego replicante no podría ser analizado de forma válida si prescinde de las relaciones de pugna, de alianza e incluso de amistad que se generan en determinados órdenes del discurso, en una dimensión que sólo podríamos nombrar como “subtextual”, si no presuponemos ninguna profundidad subyacente sino más bien aquello que está operando en una gramática productiva. Antes bien, se trata de una superficie textual sujeta a una «economía» que entrelaza «marcas» y «huellas» dentro de una gramática de producción y reconocimiento que remite al nivel ideológico de un discurso (Verón, 1988). Esta intertextualidad, pues, es reconocible en múltiples niveles, por más que se presupongan por “triviales” algunas operaciones de autorización. Pero esas presuposiciones deben ser sospechadas, pues parte de esos presupuestos contribuyen *de facto* a reproducir y afianzar un modelo de producción intelectual –e incluso un tipo de escritura- que celebra la «autoridad» como canon de la aceptabilidad discursiva.

Construir la cita como objeto de investigación nos conduce a explorarla en tanto operación retórica que, a menudo, suele ser *borrada*. Pasamos demasiado rápido por ahí, como si no se jugara algo decisivo no sólo del texto sino de sus enunciadores y las relaciones que urden entre sí. Indagar por las (políticas de las) citas, entonces, es un modo

¹² Las citas, desde luego, operan en múltiples tipos de textos, incluyendo el texto cinematográfico.





de analizar cómo se construyen estos lazos sociales significativos a través de mecanismos que suelen pasar desapercibidos –a fuerza de sedimentación–.

Podría proponerse un «psicoanálisis de la cita» (diferenciada, desde luego, de todo proyecto de «psicología») y entonces procurar reconstruir, a partir de los productos de sentido, las estructuras psíquicas que los sustentan e incluso remitirnos a un «inconsciente textual». El texto como superficie proyectiva sería capaz de acoger aspiraciones diversas (el sujeto como plenitud, depositario de cierta erudición o autoridad, etc.) y más profundamente, representaciones de sí más o menos delirantes, como el posicionamiento imaginario en el lugar pleno del saber y del poder, etc. Aunque existan dificultades indisimulables (entre otras, aquella que refiere a la dificultad de discernir entre inconsciente textual e inconsciente personal) de la que no escapa siquiera la lectura de Freud con respecto a Leonardo Da Vinci, teóricamente dicha empresa no resulta imposible ni mucho menos.

En otro nivel de análisis, sin embargo, podemos interrogar el texto a partir de sus gestos estratégicos, de la constitución en una posición discursiva de un sujeto determinado, en la que deberíamos incluir aquello que hace unas décadas Michel Pecheux (1978) estudió como «formaciones imaginarias» (en alusión a los modos respectivos de relacionarnos con los otros y anticipar posibles respuestas, a partir del lugar respectivo que me concedo y le concedo a los demás). Se trata, pues, de un interés *micropolítico*. Preguntar por las condiciones sociales de producción de la cita, esto es, indagar en los contextos de relaciones sociales y políticas a las que las operaciones de citación reenvían, es interrogar también, a nivel estratégico, a quién se autoriza para hacerle decir qué cuestiones. Con las dificultades metodológicas y empíricas del caso, sabemos que hay una distancia cuando se cita para argumentar, cuando se cita para probar (especialmente, cuando se cita para refutar lo citado), cuando a través de este recurso se indica una filiación (o una adscripción ideológica o teórica), cuando se cita como recurso a la





autoridad, cuando se marca una pertenencia (referida al propio grupo que respalda al enunciadore), o como recurso a la tradición (habitualmente, indicada a través de la alusión a una voz anónima e impersonal como el “se”). En suma, toda cita marca posiciones, de forma implícita y explícita, respecto a lo citado, bajo intenciones dialógicas, monológicas o polémicas.

Es claro que este vínculo, por más velado que aparezca, no da lugar a una supuesta neutralidad valorativa: citar ya es posicionarse frente a un contexto formado también por otros textos. Siempre se cita con *finés retóricos* y por lo mismo no hay cita ingenua. Más aún, el ingreso de los otros en los discursos proseguidos no tiene nada de casual. Estas posiciones diferenciales con respecto a las «formaciones discursivas» existentes no son azarosas: marcan en el enunciado relaciones de subordinación y jerarquización del enunciadore en relación con otros enunciadores y con el proceso de enunciación. Señalan relaciones específicas de poder. Esto significa que hay una economía de la cita: no se cita a cualquiera y tampoco de cualquier modo. Un epígrafe es un usual gesto de aprobación. Suele marcar una filiación o, al menos, una afinidad estética o ideológica. Es la entrada del otro más directa, en la que aceptamos que prologue nuestra intervención. Hay una cópula semántica entre quien cita y el citado. Podríamos sostener también que cuando uno parafrasea a un actor consagrado en un campo intelectual, es decir, a un «autor» en su sentido fuerte, confunde su enunciación con la propia, capitalizando con aquel nombre de autor el texto que lo apropia. Simultáneamente, es trazar una complicidad con el destinatario. *Lo instituyo* como sujeto *competente* para reenviarlo a un autor con el cual manifiesto una proximidad y, a través de él, para extender esa proximidad hacia mí como locutor.

Nada de lo dicho resulta esclarecedor si no nos detenemos en un análisis relativamente sistemático de la economía de las citas, del tejido citacional que opera en un texto concreto y que permite identificar ciertos modos de estructuración formal en los





que sobresalen algunas modalidades jerarquizadas de la cita. De ahí se infiere, pues, que hay una estructura de citas que determina la importancia relativa de cada tipo en particular. Así, por ejemplo, en un texto crítico también pueden darse citas diferentes a las del tipo argumentativo, aunque desde luego, deberán primar por sobre otros tipos si dicho texto aspira a ser reconocido en sus pretensiones. En cualquier caso, cada análisis específico permitiría mostrar relaciones de sentido que distribuyen en el espacio textual el uso de la ironía, la distancia, la filiación, la autoridad, la objetivación y, en suma, la constitución específica del vínculo con los demás. Ahora bien, que el uso de la citación no sea inocente no significa que invariable –o incluso, principalmente- esta operación sea producto de un cálculo racional. Más bien, refiere primariamente a la interdependencia humana como constitutiva de toda enunciación posible y a operaciones inconscientes que atraviesan nuestros actos enunciativos. Quizás sea demasiado pronto para responder, pero no deja de ser pertinente preguntarse por una ética de la cita.

Explorar la gestualidad del texto

Siguiendo la argumentación precedente, la cita –como operación insoslayable en la producción (pseudo)controlada del sentido- remite a la problemática de los «dispositivos de enunciación», en tanto conjunto de herramientas discursivo-institucionales que posibilitan la constitución de un individuo o un grupo como enunciador. Asimismo, refiere a determinado «habitus» -en terminología de Bourdieu- en el que el decir relativamente *singularizado* aparece regulado por instancias discursivas coexistentes (lo cual no necesariamente deviene conservadurismo). La instancia de lo «ya-dicho» sería, pues, condición de emergencia de lo que está todavía *por decir*. Paradójicamente, el riesgo de la omisión es riesgo de repetición. No obstante, lo ya dicho no remite a una infinitud de discursos anónimamente pronunciados sino a un régimen autoral constituido como





relevante, e incluso a un régimen de enunciados seleccionados como pertinentes, según el campo intelectual en el que se participa:

(...) no se puede hablar en cualquier época de cualquier cosa; no es fácil decir algo nuevo; no basta con abrir los ojos, con prestar atención, o adquirir conciencia, para que se iluminen al punto nuevos objetos, y que al ras del suelo lancen su primer resplandor (Foucault, 1985b: 73)¹³.

Las pautas mismas de selección y construcción de pertinencia varían según el área de producción textual en el que nos situemos. Si en ciertas áreas la cita responde a una exigencia crítica o incluso a una expectativa de especialización, en otros campos puede responder a un mecanismo canónico de recuperación de la autoridad. El discurso

¹³ En otro trabajo, Foucault esclarece este punto: "(...) en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y terrible materialidad" (1973: 11). En nuestra sociedad dichos procedimientos de *exclusión* remiten, en primer lugar, a lo «prohibido»: "Se sabe que no se tiene derecho a decirlo todo, que no se puede hablar de todo en cualquier circunstancia, que cualquiera, en fin, no puede hablar de cualquier cosa. Tabú del objeto, ritual de la circunstancia, derecho exclusivo o privilegiado del sujeto que habla: he ahí el juego de tres tipos de prohibiciones que se cruzan, se refuerzan o se compensan, formando una compleja malla que no cesa de modificarse" (Foucault, 1973: 11-12). «Discurso», «deseo» y «poder», en este sentido, forman esta trama en la que ninguno de los términos deja leerse como medio, ni siquiera lo *discursivo* como espacio de lucha y deseo y no como una forma que haría transparentes unos contenidos extra-discursivos. Un segundo procedimiento de exclusión refiere a lo «rechazable» mediante el privilegio de una alternativa de las dicotomías: por ejemplo el par Razón/Locura (en la que el discurso de la razón tiene supremo poder por sobre la palabra de la locura) y, como tercer sistema de exclusión, la oposición verdad/falsedad. Si por un lado esta separación no es "ni arbitraria, ni modificable, ni institucional, ni violenta", por otro, hay que preguntarse por la «voluntad de verdad» de estos discursos, que construyen un sistema de exclusión histórica e institucionalmente coactivo. "Esta separación histórica ha dado sin duda su forma general a nuestra voluntad de saber. Pero sin embargo no ha cesado de desplazarse: las grandes mutaciones científicas quizás puedan a veces leerse como consecuencias de un descubrimiento, pero pueden leerse también como la aparición de formas nuevas de la voluntad de verdad" (1973:17). Que los discursos autorizados institucionalmente como verdaderos no sean ajenos a esa voluntad de verdad, no significa que la conozcan: separándose del deseo y del poder, enmascaran sus propios sistemas de exclusiones, su propio posicionamiento en ese juego institucional.





religioso, por poner un caso por antonomasia, aparece como un ejemplo límite de este tipo de «discurso de la autoridad» en los que la nueva voz tiene un ingreso estrictamente subordinado a la «verdad» heredada e institucionalmente legitimada, encarnada en los maestros y exégetas autorizados.

Que extendamos como dimensión de análisis una *sociología de la cita* al «campo general de la discursividad»¹⁴ no niega, por lo demás, la especial pertinencia en los discursos que están marcados por las instituciones intelectuales por excelencia. Pero más que aislar un proceso analítico de estas características, la apuesta teórica que aquí me interesa es articular esta dimensión con otras dimensiones del «análisis crítico del discurso». Su ausencia, en todo caso, muestra zonas de irreflexividad en la investigación de los discursos científicos, filosóficos y literarios, en sus modos de constitución específicos.

No basta, sin embargo, con limitarse a marcar el carácter insuficientemente problematizado de estos usos y apropiaciones (políticas) de los nombres de autor y aquello que en su nombre se formula (piénsese, por ejemplo, en los usos de Marx, Freud y Nietzsche dentro de las tradiciones intelectuales de izquierda). Si uno puede reconstruir la posición del enunciador por su modo de referirse a los otros en el texto, ésto significa al mismo tiempo que también hay una *economía de la omisión*: interesa no sólo a quién se cita, sino también a quién se desconoce en la citación. A diferencia de un análisis de la exclusión simple (virtualmente, la totalidad de los otros), lo que aquí importa es la omisión como operación compleja: puede haber alusiones tácitas, paráfrasis difusas, operaciones textuales de borrado donde la eficacia simbólica de otros autores no ha sido suprimida sino más bien invisibilizada.

¹⁴ Tomo esta categoría, al igual que la de «formación discursiva», de Laclau y Mouffe (1997).





Si la intertextualidad es constitutiva, el hecho de que alguien evite la citación tampoco es inocente, aunque aquí debemos cuidarnos de presumir un sujeto completo de conocimiento, que dominaría plenamente el campo de saber en el que se sitúa cada locutor. Tampoco se trata de incitar una proliferación de las citas ni una modalidad de citación uniforme. Puesto que las citas sólo son las formas más evidentes de la intertextualidad, pero no las únicas, tampoco se trata de prescindir de un análisis más vasto que permita dimensionar la eficacia de las relaciones sociales de sentido que los textos producen. No obstante, no resulta del todo improductivo preguntarse por los regímenes de citación generales que construyen determinados discursos.

Como tipos-límite, se pueden imaginar dos polos: 1) el «texto dogmático», que despliega como pretensión estratégica un supuesto sujeto soberano y autosuficiente que puede, por derecho, promover una radical exclusión de la dialogicidad -lo cual en última instancia es imposible, a pesar de las frecuentes operaciones represivas con respecto a la polifonía textual- o incluso una recuperación canónica de enunciadores coincidentes y, 2) el «texto crítico» que procura reconstruir de forma dialógica las principales posiciones en disputa, que efectúa una recuperación selectiva de textos juzgados como relevantes. Que hay un *continuum* en la experiencia no niega la posibilidad de identificar improntas diferentes en discursos heterogéneos. Desde luego, el interés aquí dista de ser taxonómico. Tampoco da lugar a un análisis mecanicista donde el criterio de adscripción estaría determinado por la simple presencia/ ausencia de la cita. Lo decisivo son los modos en que se cita y las finalidades que le subyacen a esos modos. Al fin y al cabo, puedo citar a autores consagrados en función de una estrategia discursiva de consagración de uno mismo. Pero puedo también apropiarme de sus categorías de análisis para ampliar y potenciar la propia capacidad de interpretación, haciendo un uso creativo de sus elucidaciones. Un texto dogmático puede, por su parte, incluir una serie de citas





canónicas que permitan -sin cuestionar el horizonte monológico- autorizar institucionalmente el discurso que se elabora.

Si citar es retomar el discurso de otros (más o menos identificables), la supresión de toda cita puede convertirse en un gesto soberanista en el que el enunciador se proclama autosuficiente, aunque sea secretamente. De manera inversa, la introducción de citas indiscriminadas, sin mínimas pautas de pertinencia semántica, tampoco conduce a un texto crítico. Un comentarista no es por necesidad un interlocutor crítico y la recuperación explícita de los otros puede convertirse en una suerte de invasión y disolución de la propia responsabilidad enunciativa. Finalmente, un texto puede traer a su escena otros interlocutores –no necesariamente reconocidos de forma colectiva- para construir diálogos, para hacerlos participar en la urdimbre significativa del propio texto. En definitiva, debemos cuidarnos de un binarismo que hace de la sola presencia de la cita un indicio de dialogicidad deliberada. La vigilancia epistemológica, en este plano, sigue siendo necesaria.

En síntesis, si estas operaciones permiten construir una dimensión relevante del análisis crítico del discurso, ello obedece a que la citación -en cualquiera de sus formas- marca relaciones enunciativas diversas, determinadas por estrategias específicas de validación (no necesariamente conscientes o elaboradas). Ni la voluntad de erradicación de los otros ni la confusión plena con ellos son posibles como no sea desconociendo las propias responsabilidades enunciativas.

Y puesto que las modalidades de citación, como ya hemos argumentado, son históricas, no deberíamos desconocer modos emergentes que nos permitan reconstruir, de forma indiciaria, algunos vínculos sociales. Por poner un caso destacado: las textualidades que trazan una permanente remisión hacia otros integrantes del propio grupo de pertenencia, de formas más o menos (des)jerarquizadas. En el presente, hallamos una multitud de ejemplos en las universidades y en las instituciones literarias





(bajo la forma de epígrafes, por ejemplo), especialmente: investigadores que se citan mutuamente (por pertenecer a un mismo proyecto de investigación o incluso a una misma cátedra) y escritores que recuperan a otros escritores de la misma escuela estética, en ocasiones sin un más mínimo criterio de pertinencia o relevancia y con absoluta independencia del valor estético o conceptual de lo citado. A esa lógica de alianzas –en la que lo privado adquiere centralidad- no cabe contraponer como alternativa una estrategia de citas basada en la distinción intelectual o institucional. Y no cabe hacerlo porque en este otro caso la referencia a los otros tampoco está determinada por una retórica argumentativa, sino por una retórica autoritaria (en la que lo decisivo no es el enunciado sino el enunciador como autoridad simbólica, situada en una posición representada como inapelable). La «propaganda» no se contrapone a un «régimen de colonialismo intelectual», porque en ambos casos el universo citable se restringe a un tipo de enunciador usado de forma acrítica, sea como *miembro indiscutible de una comunidad especializada*, sea como *autoridad indiscutida*. En ambos casos, objeto citado y texto citante coinciden, reafirmando el discurso en el que el propio enunciador –como sujeto ideológico- participa. El dogmatismo se mantiene aunque cambien los nombres citados.

¿Una nueva economía textual?

En esta fase, es relevante situar nuestra reflexión en un contexto histórico-intelectual específico, que aquí reconstruiré en sus trazas generales. Aunque resulte difícil de periodizar, al menos en las últimas dos décadas se presentan algunos cambios en los modos de producción intelectual en el contexto cultural iberoamericano. No es novedoso señalar que con la hegemonía del neoconservadurismo, especialmente en la década de noventa, la figura del «experto» ha sido investida de un valor creciente –en detrimento de la figura del «intelectual crítico», que es desplazado como figura “extemporánea” o incluso “arcaica”-. En correlación a esta exacerbación de la experticia, las políticas de





acreditación simbólica respaldadas oficialmente han disparado la proliferación descontrolada de textos y espacios de publicación usados como formas de ascensión académica y como pauta de categorización intelectual. En tanto clave de desarrollo de una carrera académica, por ejemplo, la cantidad de producciones intelectuales publicadas o presentadas en instancias especializadas –tales como coloquios, congresos u otros eventos- desde entonces aparece como índice de un mérito intelectual diferencial entre los participantes, susceptible de mensurarse y evaluarse con estándares académicos presuntamente imparciales.

Internarse en un campo espinoso como el mencionado implica algunos riesgos, entre los que destaca el peligro de incurrir en generalizaciones inválidas. Me conformaré con señalar algunos cambios que aunque no se infieren del plano citacional, tienen un correlato en ese nivel o, más precisamente, lo comprometen. Como hipótesis crítica, cabe afirmar que la *economía citacional dominante contribuye a producir una economía textual más vasta que, sin ser identificable de forma invariante con una postura neoconservadora, tiene como condición de existencia su propagación*. Dicho de otra manera: los modos de citación de los discursos dominantes en el campo intelectual presente tienden a reafirmar una jerarquía rígida entre categorías de intelectuales basada en el reconocimiento de la legitimidad de las «estrategias de sucesión» -que en absoluto cuestionan los fundamentos mismos de esa división socio-sexual del trabajo intelectual- y en el desconocimiento de las «estrategias de herejía». Aunque dicha reafirmación pueda ser efectuada por sujetos que tienen filiaciones políticas heterogéneas, no deja de ser notoria la expansión de estas estrategias de sucesión en las últimas décadas, en perjuicio de estrategias que plantean un vínculo crítico con las herencias intelectuales y políticas¹⁵.

¹⁵ Desde luego, esa jerarquización mediante la cual algunos actores científicos, filosóficos y artísticos se *distinguen* del resto de sus pares no es nueva. Pero es posible que las modalidades mediante las que se producen estas distinciones estén modificándose en una dirección que apenas conocemos. Si la





En este sentido, en la perspectiva de análisis que nos interesa, vale señalar que una de las dimensiones centrales de esta jerarquización actual se produce mediante los procedimientos de la «cita de autoridad» y de la «cita de pertenencia», en tanto reenvíos textuales a otros textos de los cuales se *presupone* su validez, sea por recurso a un autor acreditado y reconocido colectivamente, sea por recurso a un grupo de pertenencia que respalda ideológicamente la propia enunciación. La cita, por así decirlo, en la actualidad “salta” sobre el texto para poner el énfasis en el enunciador. Un análisis empírico de específicas políticas de citación presentes en los discursos teóricos y literarios hegemónicos permitiría mostrar cómo hoy día los procesos jerarquizantes que caracterizan el campo intelectual también se construyen en esta dimensión habitualmente desapercibida de la producción textual. En el límite, ya no se citan textos sino enunciadores prestigiados. El texto aparece como pretexto para reenviar a un sujeto autorizado o, al menos, a un sujeto grupal próximo. Si esta hipótesis resulta válida en el campo intelectual, podría constatarse una proliferación de citas de autoridad y pertenencia, donde el vínculo entre cuerpo textual y cita irrumpe como «injerto» estético o «clausura» argumental, propiciado tanto por una supuesta autoridad competente como por una supuesta evidencia compartida (al interior de un grupo)¹⁶. El énfasis se ha desplazado al sujeto convertido en soberano.

Eso no niega, desde luego, que se pueda citar con múltiples fines estratégicos, incluyendo la refutación de adversarios que se consideran de suficiente envergadura,

problemática referente a las formas de constitución de las figuras intelectuales destacadas tampoco es nueva, ello no quita que no debamos interrogar por las dimensiones emergentes que esta problemática pone en juego y elaborar respuestas específicas a esta coyuntura histórica.

¹⁶ En el caso de las prácticas literarias –por ejemplo, dentro del género novelesco- el acto de citar no suele ser explícito. Aun así, existen formas diversas de recuperación de otros textos: la parodia, el epígrafe, la referencia a “fuentes históricas”, etc. En el caso de la poesía la alusión a otros es mucho más clara, especialmente en la forma del epígrafe o la Paráfrasis.





como parte de una lucha intelectual y política más amplia. Este tipo de cita, sin embargo, implica afrontar la posibilidad de un debate teórico o una disensión crítica, lo que en las condiciones actuales no puede considerarse sin más como una práctica intelectual generalizada. Antes bien, cabría preguntarse si esos debates críticos –con una relevancia pública más o menos reconocida- no quedan reservados a sujetos específicos, especialmente autorizados. En primera instancia podríamos intentar distinguir entre quienes han optado por estrategias de desplazamiento (una intelectualidad diaspórica, por así decirlo, como por ejemplo es el caso de Emile Cioran, Edwar Said, Gayatry Spivak o Samí Nair) y quienes han asumido estrategias de relocalización, esto es, enunciaciones reconocidas que usan su emplazamiento como «autoridad» -a partir de una específica acumulación de poder simbólico en una institución académica o literaria determinada- para cuestionar esa autoridad misma, incluyendo las estructuras estratificantes que presupone (y aquí los nombres de Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jaques Derrida o Pierre Bourdieu, por citar autores que he usado, también podrían situarse). La distinción entre estas estrategias, sin embargo, es débil, en tanto a menudo esos *desplazamientos* permiten un re-emplazamiento como autoridad simbólica y la *relocalización* supone desplazarse de lo que en un campo dado se centraliza. La pregunta retórica de Spivak (s/f) mantiene toda su vigencia: *¿puede hablar lo/la subalterno/a?* La respuesta, aunque controvertida, sigue siendo negativa.

Como contraparte, que las condiciones de producción de la crítica sean desfavorables, habida cuenta de esta rigidización de las *categorías* intelectuales, no implica que la crítica misma haya desaparecido, sino que nos advierte de las dificultades mismas de darle una mayor relevancia institucional. Objetivamente, la baja receptividad e incluso la hostilidad ante los discursos críticos tiende a producir efectos de (auto)censura, cuando no reformulaciones eufemizadas. Sin embargo, la regulación institucional estratificante de las luchas simbólicas no hace desaparecer tales luchas sino que las hace





ingresar en una dinámica desigual que da como resultante la dificultad para dar lugar al debate público, a juegos de réplicas argumentales que, por más incomodantes que resulten en términos subjetivos, constituyen uno de los dinamizadores centrales de la producción discursiva. Uno de los efectos prominentes de esta escena es el desplazamiento de énfasis: cuando la crítica se obstruye, lo que sobreviene es el anatema.

En términos generales, que en el campo intelectual existan diversas luchas no debería ser motivo de escándalo, aunque habitualmente lo sea a pesar de toda la retórica de la “libre competencia”. Si esas luchas han sido representadas, dentro de algunas tradiciones intelectuales (especialmente ligadas a perspectivas críticas) como «legítimas» -según ciertas operaciones históricas-, hoy día irrumpen con fuerza protestas privadas contra los críticos, acusados de “deslealtad” –lo cual constituye un síntoma del estado actual de ciertas “comunidades” intelectuales-. Hay indicios razonables para suponer que lo que está cambiando, en última instancia, son las pautas de legitimidad de los discursos marcados por una «función intelectual», en el sentido gramsciano del término¹⁷.

Desde esta perspectiva, la legitimidad sobre el tipo de trabajo intelectual deseable estructuralmente es una cuestión controversial. No se trata de situarse en una presunta exterioridad, o apelar a alguna esencia transhistórica de la práctica intelectual, sino de *tomar parte* en aquello de lo que *formamos parte*. De hecho, lo que está en cuestión (aunque eso no se traduzca término a término en un estado de discusión) es el tipo de trabajo intelectual que se considera legítimo en el presente. Antes que el debate entre sujetos dispuestos a la mutua crítica, la pauta cada vez más extendida es la que dispone a

¹⁷ Es preciso recordar que para Gramsci los «intelectuales» -sean «tradicionales» u «orgánicos»- no constituyen una categoría independiente y autónoma de individuos, sino que pertenecen a grupos sociales determinados, emergentes de la división social del trabajo en el que unos individuos tienen, históricamente, una creciente importancia en el desempeño de ciertas funciones dirigenciales y técnicas en el campo económico, social y político. De este modo, hablar de «intelectual» es hacer referencia a una función social de cierta categoría profesional de personas y no una referencia abstracta a una clase especial de individuos (particularmente dotados). Para decirlo en sus términos: “Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales” (Gramsci, 1972: 13).





los expertos como autoridades indiscutidas en un dominio de saber. El acceso al «orden del discurso» es regulado en función de una cierta *corporación* profesional, en la que el *mutuo reenvío* funciona como intercambio de reconocimientos y política de delimitación de fronteras. También en este caso hay que insistir que esa *regulación corporativa* no es novedosa; quizás lo es, en cambio, el modo de administrar los reconocimientos a partir de la pertenencia común a un dominio especializado o incluso a un proyecto (teórico o artístico) compartido. La crítica, en este marco, es desplazada por mecanismos como la injuria y la descalificación.

A pesar de las resistencias importantes que históricamente los intelectuales han elaborado ante los procesos hegemónicos (incluyendo los procesos neoconservadores), asistimos a un creciente culto a la jerarquía intelectual (de ahí las profusas citas de autoridad) y de la privacidad (de ahí las citas de pertenencia), aunque se trate de una privacidad *publicitada* (y eso explica la elevación al rango de lo citable a *amigos*, a *compañeros*, a *uno mismo*). La lógica dominante del campo intelectual opera en la actualidad a partir del énfasis en la relación *privada* que el enunciador instituye con su enunciación pública. Que estas referencias tengan pertinencia no es decidible de forma apriórica; con todo, que esta jugada estratégica se disemine notoriamente y no se convierta en un toque de alarma, que incluso sea disimulada por la conciencia de una complicidad, refiere a una cierta naturalización de la *pertenencia* de un sujeto privado como fundamento de la *pertinencia* pública. Si además de proliferar una «investigación administrativa»¹⁸ prolifera también una investigación regida por una estrategia clientelar

¹⁸ En un llamativo ensayo, por su intimidad reflexiva, que excede quizás incluso toda biografía intelectual, Adorno distingue entre «investigación crítica» e «investigación administrativa», explicando que esta última es típica de un proyecto en que “(...) todo podía ser objeto de análisis menos este sistema mismo [en referencia al sistema de radio comercial], sus supuestos sociales y económicos y sus consecuencias culturales” (Adorno, 1993: 112). Más ampliamente, la investigación administrativa es aquella que *presupone* la validez general del sistema (sea cual sea), ajustándose a la producción de información útil para intervenir





(en la que el nepotismo y el amiguismo se destacan), el campo intelectual se transforma en un espacio de deudas, cuando no en una pugna refeudalizada donde lo público es reconducido a una lógica patrimonial(ista).

Ahora bien, en una trama de relaciones sociales regida por la deuda simbólica la crítica queda taponada: es resemantizada como «traición» o «deslealtad». Que el campo intelectual se pliegue en sus posiciones dominantes a este movimiento *privatizador* no deja de ser sorprendente a raíz de los agenciamientos conscientes que allí se despliegan. Ni siquiera desde el punto de vista interno al liberalismo se puede concebir esta práctica de mutua autorización (con la contapartida de las respectivas desautorizaciones) como una práctica consecuente. Pierde la categoría liberal del «mérito» como legitimación de las posiciones intelectuales desiguales. Antes bien, lo que sobrevive es la idea persistente de que en el campo de la producción intelectual vale aquello que se demanda de forma más o menos significativa. La pauta dominante de valor intelectual o estético queda estrictamente supeditada al nivel de demanda que se establece. Si la cita implica por definición el *reconocimiento* de un valor simbólico de lo citado, en el contexto presente tiende a adquirir una nueva dimensión suplementaria: la cita aparece como mecanismo de promoción de un grupo específico, con independencia a su relevancia semántica o pertinencia conceptual. Y *puesto que según la perspectiva neoliberal la formación de precios está determinada por el mercado de consumo, nada impide participar en esa formación produciendo demandas cruzadas, tal como operan las empresas capitalistas pertenecientes a un mismo grupo económico*. Puesto que la producción intelectual

en el mismo. A la predeterminación del alcance de la crítica –esto es, una forma de prevenir de la crítica a la sociedad–, en la misma operación, el sujeto *se incapacita* para avanzar sobre asuntos que no sean observables y registrables en la sociedad contemporánea: la prohibición del pensar se abre en el horizonte mismo del pensamiento *irreflexivo*. No se trata, en ese sentido, de impugnar la *investigación empírica* sino de evitar hipostasiarla rechazando la centralidad de la teoría.





dominante aparece bajo el signo de una lógica privatizada, tampoco resulta extraño que se propague la tendencia a citar, con independencia a su *pertinencia semántica*, a amigos, compañeros, familiares e incluso eventuales aliados de carrera. A ese tipo de cita –que llamo «cita de pertenencia» para distinguirla de aquellas que trazan una *filiación simbólica*- hay que distinguirla de la «cita de autoridad», en tanto lo que destaca no es el prestigio o crédito intelectual del sujeto citado, sino la afinidad afectiva que el citado mantiene con el sujeto que cita. En ambos casos, lo común es la exaltación del «individuo» –aunque este individuo forme *cuerpo*- que en el interior de esas perspectivas bloquea el pensar la dinámica *colectiva* de los dispositivos de enunciación y, sobre todo, el análisis crítico de los discursos (incluyendo su dimensión citacional).

Si el valor de los productos intelectuales queda determinado –según esta perspectiva dominante- por los consumos, la calidad intrínseca de lo citado será secundaria, esto es, de segundo orden. Paradójicamente, para esta constelación no importa el “mérito” que se haga en términos de productividad intelectual, sino la acumulación de acreditaciones –y eso configura precisamente la violencia simbólica extendida incluso en contextos donde cabría esperar, si no la supresión absoluta de las mismas, al menos su asunción crítica y su reducción radical.

Nada de lo antedicho niega la existencia de cuestionamientos efectivos con respecto a un espacio intelectual convertido en mercado de mercancías culturales específicas, segmentadas y jerarquizadas según los públicos consumidores (que incluye esa inmensa y en ocasiones superflua proliferación de postgrados), donde el valor del “producto” queda fetichizado por los nombres que la autorizan y los títulos nobiliarios que ostentan, así como por las referencias a la elite intelectual a la que se pertenece. Sin embargo, la eficacia simbólica de esos cuestionamientos queda minimizada en una dimensión institucional. A raíz de las actuales prácticas intelectuales dominantes, los efectos de cambio que producen sobre las instituciones son más bien restringidos,





precisamente porque dichas elaboraciones críticas se generan la más de las veces en los márgenes de la institución, en relaciones de fuerza asimétricas.

Especificar todas las modalidades concretas de esa mercantilización presente en la producción intelectual es una tarea que rebasa el presente trabajo. Sin embargo, no es difícil advertir que una de esas modalidades remite a las políticas dominantes de la cita, donde *el nombre de autor* aparece en primer orden como garante de valor y, por ende, como recurso de autoridad (tal como el escolasticismo medieval hacía con los respectivos maestros) o como recurso de solidaridad intragrupal (al modo de toda esa ideología del “equipismo” tan en boga en la gestión empresarial, en la que el “equipo” no es más que un medio colectivo de realización de objetivos particulares indiscutidos).

Ahora bien, cuando las prácticas intelectuales se refeudalizan (esto es, cuando estas prácticas se constituyen sobre vínculos privados, en los que se cultiva la autoridad y por lo mismo la pleitesía), las posibilidades efectivas de subversión del campo se reducen y el riesgo de *sanción*, cuando no de *excomunió*n, crecen de forma notable. Un ejemplo didáctico lo encontramos en los escritores *noveles*. Como no sea apelando a algún padrinazgo, con toda probabilidad su obra terminará siendo rechazada o desestimada por las industrias editoriales, sean oficiales o alternativas. De la misma manera, si un escritor aspira a “competir” por un determinado premio literario, con independencia al valor de su producto literario, frecuentemente se hallará excluido de antemano, como no cuente con los favores privados de algún miembro del jurado o con el recurso a alguna forma de patrocinio. Aunque no debemos olvidar la regularidad de la excepción, hoy día la alianza entre jóvenes aspirantes y autores más o menos consagrados (como instrumento de acceso o forma de tutelaje que permita obtener, a su vez, cierta distinción cultural) constituye la regla.

Para dar cuenta de esa situación no resulta apropiado apelar solamente a la inescrupulosidad de los individuos o, en general, remitir exclusivamente a ciertas





disposiciones éticas más o menos negativas. Lo problemático remite al tejido de relaciones políticas que se está construyendo en el campo cultural presente. En un iluminador artículo, Pierre Bourdieu se refiere precisamente a esta situación, retomando a Karl Krauss.

Kraus denuncia también todos los beneficios intelectuales ligados a los reenvíos de ascensor (*renvois d'ascenseur*) y a los mecanismos de la economía de intercambio intelectual. Él demuestra que la regla de dar-dar (*donnant donnant*) hace imposible toda crítica seria (...). (...) yo podría dar ejemplos de reenvíos de ascensor increíbles en los cuales los puestos universitarios pueden entrar en juego (Bourdieu, 2004: 91).

“¿Qué importa quién habla?” repetido en estas condiciones tiene un nuevo sentido: es la caricaturización de la crítica foucaultiana; su uso cínico. Detrás de la soberanía del autor, se diluye el relieve del texto como inscripción significante. La apuesta por una *diseminación significativa* se disuelve en el sentido de *una disputa por la autoría*. Pero aquí ya no hay diseminación: es primacía del «significante-amo» sobre el cual orbitan los enunciados; reconducción de todo juego de lenguaje a un supuesto *fundamento no fundamentable*, que esta vez tiene el nombre del autor. Simultáneamente, es centramiento en un «campo de poder», esto es, acceso privilegiado a ciertos procesos decisorios, que comprometen dimensiones económicas, políticas y culturales de la vida social.

¿Asistimos a la formación de una nueva ética de una específica intelectualidad triunfante? ¿Se trata de la derrota histórica de la figura del intelectual crítico, destronada por una nueva tecnocracia que a la vez que esgrime sus títulos ocupa el centro de la escena? Me inclino a responder afirmativamente, aunque ello no conduzca a ninguna postura resignada o derrotista. Por el contrario, la reivindicación de un sujeto crítico sigue manteniendo actualidad y más que remitirnos con nostalgia a un pasado idealizado, es





deseable movernos en el presente para encontrar posiciones subjetivas que encarnan esa reivindicación. A pesar de las dificultades, la producción de una subjetividad crítica no es una sola posibilidad abstracta, sino un proceso efectivo que se abre resquicios institucionales, apelando eventualmente a tácticas y estrategias subterráneas.

Sin embargo, nunca estamos suficientemente prevenidos. La amenaza tecnocrática está ahí, bajo la forma de un ejército de expertos que reclama una indiscutida legitimidad en los dominios que considera propios, incluyendo áreas que antaño siquiera hubieran sospechado. Que haya una suerte de “funcionarización” –si se me permite el neologismo– del campo intelectual, incluyendo poetas, literatos, profesores, investigadores, filósofos profesionales, científicos, etc., no deja de ser un síntoma que hay que leer. Más radicalmente, la impronta neoliberal ya no es puramente externa a aquello que históricamente se constituyó, en algunas de sus variantes centrales, como zona de resistencia sistémica: el campo literario, las ciencias sociales, las instituciones filosóficas y académicas. Esa impronta puede detectarse cada vez que priman por sobre las virtudes públicas los vicios privados. O, para decirlo más drásticamente, cada vez que se restringe la circulación pública de los discursos en nombre de un régimen de propiedad que exige la estratificación y la privatización de los beneficios (intelectuales, políticos, económicos, morales).

La «consagración» (o el “éxito”, como suele decirse de forma dudosa) aparece en el horizonte actual como una ansiada conquista a la dura competición efectuada, que incluye recursos cada vez menos excepcionales como la denigración, la maledicencia, la falsa atribución y la exclusión arbitraria de la competencia a aquellos que no forman parte de los clanes dominantes. Que la consagración sea un objetivo comúnmente perseguido no parece novedoso ni es motivo de escándalo, pero que la lucha se despliegue con prescindencia de un criterio mínimo de honestidad intelectual –desatando auténticas





intrigas pasionales sin el menor atisbo de autolimitación ética¹⁹- no deja de resultar sintomático. La no participación en esta complicidad ya resulta un acto suficientemente sospechoso como para dar lugar a la exclusión del sujeto disidente de los círculos cerrados de esta nueva intelectualidad o, lo que es más perverso, para incluirlo como blanco indeseable.

Capitalizar al grupo de pertenencia es, según esta *inteligencia*, el nuevo imperativo categórico: la indagación queda supeditada así a una cuestión administrativa. Los efectos son múltiples: transfiere el énfasis de la cognición al crédito que se obtiene por esa cognición, haciendo del dispositivo teórico o simbólico un artefacto funcional de acceso tanto a puestos mejor remunerados y valorados como a unas industrias culturales que requieren usar la distinción como forma de comercializar sus productos (simbólicos y materiales). Que estas prácticas sean aceptadas incluso por parte de los sujetos subalternos resulta, de mínima, un toque de alarma. No es necesario apelar a valores trascendentes como la «búsqueda de la verdad», el «altruísmo», el «desinterés» o la «imparcialidad» para cuestionar esta direccionalidad política que marca las prácticas intelectuales hegemónicas. Basta analizar los productos discursivos de este nuevo discipulado y de estos viejos maestros para advertir una carencia radical; en particular, basta evaluar la profusión de citas burocratizadas, de “golpes de autoridad”, irrelevantes

¹⁹ Una vez más, estas intrigas pasionales en el contexto de los intelectuales no son novedosas. Lo que quizás debamos poner en discusión es la nueva forma que estas pasiones adquieren. Sin ningún tipo de nostalgia (racionalista), debemos avanzar en el cuestionamiento de un cierto decisionismo autoritario que se exime de *dar razones* y, más globalmente, de producir argumentaciones razonables en las disputas en las que participa. La consecuencia más radical de ello es habilitar procesos decisorios que escapan al control público, dando rienda suelta al propio interés, incluso si para ello se hace “necesario” el insulto o la difamación. Las designaciones no concursadas de profesores o el arreglo *ad hoc* de los requisitos concursales, la asignación discrecional de cargos públicos, la elección predeterminada de escritores por parte de los jurados sobre la base de cercanías personales, etc., participan en esta extensión de una lógica que reduce el espacio público a una cuestión de gustos y, en general, a una pugna de intereses particulares. Lo «normativo» en ese contexto es reducido a la pura arbitrariedad de las conveniencias cambiantes.





complicidades rituales e incluso de despliegue egocéntrico (y, desde luego, la auto-citación puede actuar en este sentido cuando no responde a una pauta mínima de pertinencia) para permitirse poner en cuestión el valor de este tipo de trabajo intelectual. El caso de la referencia a *mimeos* o *textos inéditos* propios es ejemplar para analizar posibles usos de la cita en este contexto. Puede marcar un *antecedente* en el área de trabajo, desde luego, a la vez que señalar *su inaccesibilidad* (a no ser que se mantenga una relación de cercanía con el locutor). Puede también constituir una «cita de trayectoria» (el terreno de constitución de la “seriedad” en la historia intelectual del enunciador), donde esta operación tiene un claro sentido de habilitación enunciativa. También podríamos hablar de una «cita escenográfica», referida a una intervención orientada a dar consistencia retórica a un desarrollo conceptual o literario. Y, finalmente, puede constituir también un gesto de auto-remisión que según el grado de autorización del enunciador, puede funcionar o no como «cita de autoridad», aunque para el caso se trate de una autoridad *inaccesible* como los jueces de *El proceso*-.

Dicho lo cual, debería ser claro que el análisis en el nivel de las citas y los usos que hacemos de éstas rebasa cualquier ejemplo aislado: remite a una *economía textual concreta*, que no puede conocerse como no sea con el estudio específico de los discursos en condiciones determinadas, en este caso, marcados por una función intelectual (aunque como dijimos bien podríamos hacerlo extensivo, *mutatis mutandi*, al campo de la discursividad en general). No deberíamos descartar, en un nivel inicial, marcas de adhesión irreflexiva, referencias relativamente azarosas e incluso citas forzadas producto de un repertorio restringido de lecturas. En todo caso, retomar el discurso de los otros no es un acto ingenuo y el «habitus» intelectual, en su historia, constituye toda una jerarquía de citas plausibles y referencias autorales de distinto orden. Parte de ese *habitus* presupone el aprendizaje de ciertas convenciones convenientes, como saber a quién se cita y para qué se lo cita. No se retoma cualquier texto en cualquier situación. Se retoma





el discurso de los otros por razones estéticas, éticas, intelectuales, políticas e incluso administrativas. Ni siquiera un estudiante o un principiante escapa a las citas de conveniencia, aunque a menudo su aparato de citas muestre mayor inconsistencia (tanto en términos formales como semánticos) que la de aquellos sujetos con mayor trayectoria en el campo y, por ende, con mayor pericia con respecto a sus regulaciones.

Preguntarnos acerca de los modos en que se cita (y citamos) es una ocasión para volver sobre los textos. No cabe duda que las respuestas son heterogéneas, pero si es cierto que estamos asistiendo a una mutación del campo intelectual, lo más previsible es que hallemos crecientes referencias a terceros ya no como formas de atrincheramiento argumental o modos de fortalecimiento retórico, sino lisa y llanamente como forma de construir alianzas estratégicas a nivel institucional (manifiestas en ciertas «citas de pertenencia») y a nivel autoral («citas de autoridad», que a menudo se usan para salvar las propias brechas argumentativas). Que puede haber una recuperación original del discurso del otro -que evite las paráfrasis de fácil rentabilidad- es indudable. Esa recuperación no tiene por qué excluir autores célebres, pero nos exige unas cautelas especiales para evitar una reproducción acrítica de la autoridad. Que existan retóricas autoritarias es un elocuente síntoma de época. Pero mientras haya todavía algún tipo de margen o de diferencia legítima, de pauta comparativa, de búsqueda teórica que exceda el campo meramente privado, esas prácticas seguirán siendo objetables, a raíz de la exaltación personalista que promueve.

Con relativa independencia al posicionamiento normativo que asumamos, el análisis de esta dimensión citacional de los textos contribuye a reconstruir el proceso productivo mediante el cual un discurso se convierte en una práctica performativa. Asimismo, colabora en la deconstrucción de una presunta naturalidad de los vínculos textuales e intertextuales, incluyendo las violencias que los discursos retoman y producen en nuevas escenas. Despojar al texto de su inocencia no es más que mostrar su carácter





de artefacto; es reenviar esas trazas a un dispositivo enunciativo en el que algunas de las regulaciones significativas son, en el caso de las citas tácitas, *significativamente* omitidas.

Entre *citarlo todo y no citar nada* no hay una contraposición que estaría marcando respectivamente una posición heterónoma y una autónoma. Hay formas divergentes y contingentes de construir el vínculo entre enunciador y sus cambiantes condiciones sociales de producción y recepción que, desde luego, incluyen otros discursos. Las políticas dominantes de la cita carecen de ese carácter subversivo que un mismo texto puede reclamar y prescribir en otros niveles significantes (y aquí sorprende cuán conservadores pueden ser algunos discursos autoproclamados como “radicales”). Nada nos impide pensar en un haz de estrategias de validación que no necesariamente transiten el camino de una apelación a una autoridad simbólica usada como inapelable o a la referencia irreflexiva al propio grupo de pertenencia.

Así pues, no deja de resultar relevante preguntar acerca del vínculo que establecen ciertos sujetos intelectuales con respecto a una economía textual neoconservadora, en la que determinados enunciadores consagrados –reconocidos como referencias de primer orden- aparecen como objetos privilegiados de la cita, *más allá del valor de los textos citados*, determinado por un trabajo (conceptual) antes que por la sola apropiación²⁰. En ese sentido, es previsible que en una época de entronización dogmática de la autoridad -resguardada más que nunca por una burocracia que evalúa la “calidad” desde parámetros administrativistas- la posibilidad misma de *originalización de los discursos teóricos y literarios* quede reservada –al menos de derecho- a una elite intelectual que ocupa

²⁰ No es difícil anticipar que una posible objeción al presente trabajo es que tampoco escapa a las citas de autores consagrados. Sin embargo, semejante objeción sería producto de un contra-sentido; a saber, suponer que estoy objetando semejante tipo de referencias. Por el contrario, se trata de promover un *cierto uso de tales textos autorales*, inscribiendo tales citas en una retórica argumentativa, esto es, suspendiendo un *cierto uso acrítico* de los mismos.





posiciones institucionales centralizadas. No deberíamos perder de vista que las mismas «elecciones teóricas» de un *discurso específico* están relacionadas estratégicamente a prácticas institucionales.

Esta instancia comporta también el régimen y los procesos de apropiación del discurso; porque en nuestras sociedades (y en muchas otras, sin duda), la propiedad del discurso -entendida a la vez como derecho de hablar, competencia para comprender, acceso lícito e inmediato al corpus de los enunciados formulados ya, capacidad, finalmente, para hacer entrar este discurso en decisiones, instituciones o prácticas- está reservada de hecho (a veces incluso de una manera reglamentaria) a un grupo determinado de individuos (...) [Foucault, 1995b: 111-112].

Que en ese marco la categoría de «igualdad enunciativa» sea una mera declaración de principios es indicio de la condición problemática, aunque irrenunciable, de la «igualdad política» de la que forma parte. Estudiar las regulaciones institucionales que operan en la cita contribuye, pues, a reconstruir un estado del campo e incluso una distribución de roles institucionales. No sería difícil identificar itinerarios de citas donde la irrupción del colonialismo intelectual se hace reconocible en una economía de la omisión (en la que todo un cuerpo de discursos que no gozan de reconocimiento colectivo es desconocido por no resultar simbólicamente rentable). No se trata sencillamente de limitarse a constatar el hecho de que quien está consagrado en el campo plantea una escasez de citas (y una alta selectividad de los textos -generalmente autorales- citables) y los actores marginales su diseminación (incluyendo una cierta indiscriminación entre textos autorales y textos divulgativos), sino más bien de analizar cómo se producen vínculos pragmáticos con tradiciones intelectuales diversas; de pensar en el grado de heterogeneidad o identidad entre textos centrales y citas, notas al pie, paráfrasis, etc., y de modo más global, de evaluar el vínculo que cada enunciador construye con respecto a los otros enunciadore. No sólo hay que interrogarse por los nombres de autor citados,





sino también por la relación teórica e institucional que se establece en una dimensión textual con las citas (incluyendo los modos de producción de jerarquías y subalternidades intelectuales).

En un universo cultural en el que proliferan modalidades de citación por lo menos controvertidas (en el que el conocimiento de los vínculos privados del sujeto de la enunciación resulta central para comprender estas modalidades citacionales), no deja de tener relevancia para reconstruir lo que se juega en esos niveles de funcionamiento semiótico. Que en la citación opera una estrategia de carrera, una relación determinada entre actores, unos reconocimientos específicos y unos desconocimientos dados, no puede sin más relegarse al olvido. Todo ello se traduce en el estallido de una ética de los intelectuales que, al menos desde la modernidad filosófica, apostaba por marcar los límites subjetivamente aceptables en la disputa por el poder simbólico.

La cita como apertura crítica

La «igualdad enunciativa» es un reclamo filosófico moderno: todos tienen, por derecho, la libertad de hablar y ser escuchados en igualdad de condiciones, a menos que opere un estado de excepción (ligado, por ejemplo, a razones jurídicas). Paradójicamente, esa filosofía moderna, al obliterar la problematización sobre las *desigualdades simbólicas*, esto es, *sobre las condiciones de acceso a ciertos dispositivos de enunciación*, contribuyó a bloquear la construcción de esa igualdad deseada (tanto en una dimensión de género, de clase, de raza, de etnia, edad u orientación sexual). Efectivamente, la igualdad enunciativa sólo puede materializarse en un contexto donde los sujetos comunicativos participan en situaciones de simetría. La celebrada “comunicación libre de coacciones” habermasiana se encuentra, necesariamente, con el “muro blanco” de un capitalismo que regula implacablemente las condiciones de acceso y permanencia a ciertos órdenes de discurso. No es difícil adivinar la identidad de este sujeto autorizado de antemano; me refiero,





desde luego, al hombre blanco, europeo, heterosexual, judeo-cristiano y burgués, que establece sus «violencias epistémicas» (Spivak) y abre camino a una «geopolítica del conocimiento».

Por su parte, la ideología meritocrática ha ocultado básicamente esta desigualdad simbólica-material, desconociendo las condiciones de disparidad de quienes pueden constituirse en enunciadores institucionalmente habilitados. Ni los discursos naturalistas sobre la igualdad (pensándola como atributo dado) ni el racionalismo (suponiendo la razón como condición universal, dada *a priori*), posibilitan pensar en las operaciones histórico-políticas que producen racionalidades contingentes, discursos intelectuales (literarios, filosóficos, científicos) contruidos a partir de ciertos principios retóricos - generalmente omitidos en sus operaciones simbólicas violentas- y de ciertas habilitaciones institucionales –no menos violentas, máxime cuando el proceso de toma de decisiones queda marcado por una lógica autoritaria²¹.

Parte de esas violencias simbólicas e institucionales se constituyen en umbrales del texto que suelen pasar desapercibidos. Intenté sugerir que los usos de la cita pueden quedar cooptados por mecanismos de acreditación y autorización que no por inconscientes o irreflexivos resultan menos perniciosos. En cualquier caso, esos gestos irreflexivos de los textos constituyen *brechas* en las retóricas argumentativas y, más en general, en las retóricas críticas.

Sería un despropósito suponer que alguna vez la producción intelectual *puede controlarse* en todos sus detalles. No considero, sin embargo, que sea legítimo eximirnos de un examen acerca del modo en que utilizamos los discursos de los demás, en especial, cuando las citas aparecen como un entramado que contribuye a producir una ritualidad

²¹ Aunque no toda decisión sea simétricamente violenta, eso no niega un *grado determinado* de violencia en todos los procesos decisorios (incluyendo aquellos calificados de democráticos).





de jerarquía y subordinación intelectual. Y puesto que hay una economía de la cita -no necesariamente *una economía de la escasez*- será importante reconstruir su incidencia en la producción de sentido, que implica también un posicionamiento discursivo de sí (como «autor» o «comentarista», «escritor» o «escribiente», según categorías bosquejadas por una cierta tradición intelectual francesa).

Aunque de ninguna manera considero probada dicha relación, considero acertado sugerir que la *escritura originalizada* implica una tensión productiva entre *nosotros* y *otros*. La reducción de uno de los términos al otro conduce al monologismo dogmático. Lo que persiste como condición de formulación pertinente es la crítica dialógica. Si los “otros piensan dentro de mí”, como decía Barthes, de ello no se infiere que el pensamiento propio sea reductible al de los demás. De lo contrario, nos enfrentaríamos a la paradoja de un pensamiento que nunca conocería lo nuevo, que siempre se retrotraería a un pensamiento precedente. Ante esta regresión al infinito, podríamos preguntar qué tipo de subjetividad estaría en condiciones de formular un pensamiento originario, *ex nihilo*. No necesitamos remontarnos, sin embargo, a un “origen” más o menos remoto, que interrumpiría esta cadena de remisiones hacia atrás. Pensamos con los otros y contra los otros. Contrariamente a un cierto tradicionalismo que presume que *está todo dicho*, hay que decir: “La mejor palabra es la no dicha” (Roa Bastos, 1996: 35). La historia del pensar, pero más precisamente, la historia de los discursos institucionalizados no remiten a un gran Otro originario y completo, del que derivarían todas las enunciaciones posibles. Siempre participamos de la trama de los discursos, creando tradiciones y discontinuidades. La relativa singularización de los discursos sólo es posible en el campo de una intertextualidad constitutiva. Esa inter-textualidad es otra forma de referirnos a la *condición fundante de lo comunicacional, en la que la interdependencia humana es ineludible*.





Si una de las apuestas de la modernidad filosófica fue apostar por la secularización de los discursos, ¿qué podía significar esa apuesta sino el intento de desterrar los criterios de autoridad como pautas de validez de los enunciados? En otras palabras, eso equivalía a negar cualquier criterio de progreso intelectual ligado a la simple continuación de una herencia teórica o artística. Antes bien, dicha apuesta ha estado ligada al replanteo radical de esas tradiciones, incluyendo la aceptación de herejías pertinentes. En ese sentido, reactivar una «estrategia de subversión» del campo intelectual aparece en el horizonte como una posibilidad de transformar los límites del presente y dinamizar cierta producción intelectual anquilosada, marcada por un profesionalismo miope. Esta decisión implica algo más que una relación de infinito comentario de los maestros, de ratificación de un pensamiento siempre anterior: es instituir (y alentar) una relación crítica con las creaciones intelectuales heredadas, interrogando lo dicho para pensar lo que está aún por-decir. Algo muy distinto a las «estrategias de sucesión» y «conservación», más o menos acomodaticias, propias de una situación en la que el riesgo se mitiga y el beneficio intelectual (inmediato) se incrementa a costa de recaer en la dogmatización o en la canonización.

Apostar por un uso crítico de la cita pone de manifiesto un deseo de intercambio simbólico nunca asegurado, que a su vez permita esclarecer los límites que estructuran nuestras posiciones discursivas. Crear una apertura dialógica ante nuestros interlocutores no es una implicación necesaria de toda política de la cita. Es una apuesta que se enfrenta a una economía neoconservadora que hace de las citas de autoridad y pertenencia el recurso por excelencia para trazar fronteras jerárquicas entre enunciadores convertidos en expertos. Paradójicamente, en la práctica, dicha jerarquización no responde primordialmente a criterios de mérito (propios del credo liberal), sino a un criterio de nombres propios (que remite a los lazos privados y semi-privados, que podemos reenviar a un modo de subjetivación dominante). Si bien esta primacía no es absoluta, constituye





una situación grave para quienes apostamos por una forma de racionalidad crítica como condición de posibilidad de un trabajo intelectual fecundo.

Si me abstuve a lo largo de este trabajo de exponer ejemplos pormenorizados sobre los usos citacionales en general y sobre los tipos de cita que en nuestro presente aparecen jerarquizados en detrimento de otros posibles vínculos intertextuales, obedece al carácter *programático* de este trabajo: producir unas herramientas de análisis que nos permitan examinar de una forma multifacética y exhaustiva textos concretos. En este contexto exploratorio, una estrategia elíptica no necesita justificarse por su incompletitud: traslada la actividad ejemplificadora al lector.

Como procuré señalar, las polaridades «puras» se confunden empíricamente. La clasificación polarizada es sencillamente un artefacto y ninguno de nosotros está exento de los riesgos identificados. De hecho, aunque evité ciertas totalizaciones simplistas, seguir avanzando en este tipo de investigaciones exige ahondar en las especificidades de los distintos campos intelectuales: las formas de reenvío intertextual efectivas, reguladas según el área de producción intelectual que se aborde y los géneros discursivos que en cada área se articulan.

Una textualidad es un universo significativo plagado de matices, que posicionan múltiple, e incluso contradictoriamente, al enunciador. Que ese universo de investigación sea en buena medida una promesa por venir no niega la relevancia de interrogar los gestos desapercibidos de un texto. Contribuir en esa dirección nos ayuda a elaborar algunas herramientas adicionales tanto para una sociología de los intelectuales contemporáneos como para un análisis crítico de los discursos autorizados.

Referências

ADORNO, Theodor (1993), *Consignas*, Amorrortu, Buenos Aires.





ALTHUSSER, Louis (2001), *Ideología y aparatos ideológicos de estado*, Nueva Visión, Buenos Aires.

BARTHES, Roland (2002), *Variaciones sobre la escritura*, Paidós, Barcelona.

BOURDIEU, Pierre , (2004), "Sobre Karl Krauss y el periodismo" en Revista "Archipiélago", Nº 60.

DE IPOLA, Emilio (1985), *Ideología y discurso populista*, Folios, Buenos Aires.

DE LAURETIS, Teresa (2000), *Diferencias*, Horas y Horas, Madrid.

DUCROT, Oswald y TODOROV, Tzvetan (1979), *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, S.XXI, México.

FOUCAULT, Michel (1973), *El orden del discurso*, Tusquets, Madrid,

_____ (1985), *¿Qué es un autor?*, Universidad Autónoma de México, México.

_____ (1985b), *La arqueología del saber*, S. XXI, México.

GINZBURG, Carlo (2001), *El queso y los gusanos*, Península, Barcelona.

GRAMSCI, Antonio (1972), *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Nueva Visión, Buenos Aires.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1997), *Hegemonía y estrategia socialista*, S. XXI, Madrid.

LOZANO, Jorge; PEÑA MARÍN, Cristina y ABRIL, Gonzalo (2004), *Análisis del discurso*, Cátedra, Madrid.

PECHEUX, Michel (1978), *Hacia un análisis automático del discurso*, Gredos, Madrid.

PROUST, Marcel (1998), *Crítica literaria*, Need, Buenos Aires.

ROA BASTOS, Augusto (1996), *Metaforismos*, Seix Barral, Buenos Aires.





SAUSSURE, Ferdinand (1985), *Curso de lingüística general*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

SPIVAK, Gayatri Gahravorty (s/f), “¿Puede hablar lo subalterno?”, en “Revista Colombiana de Antropología”, Volumen 39, págs. .297-364.

THERBORN, Göran (1987), *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Siglo XXI, Madrid.

TODOROV, Tzvetan (2005), *La crítica de la crítica*, Paidós, Barcelona.

VERÓN, Eliseo (1988), *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Gedisa, Barcelona.

VOLOSHINOV, Valentín, (1993), *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Alianza Editorial, Madrid.

WILLIAMS, Raymond (2000), *Marxismo y literatura*, 2ª ed., Península, Barcelona.

ZÎZËK, Slavoj (s/f): “Rossellini. La mujer como síntoma del hombre”, en Revista “El Viejo Topo”, Nº 65, España.

Texto recebido em 13 de julho de 2010

Text received on July 13, 2010

Texto publicado em 01 de outubro de 2010

Text published on October 01, 2010

